

STISMO Y PRIMACIA VARONIL VOLTA

oro y pedrería. El cuerpo estaba aún revestido de la *gonela* (especie de casulla) de seda blasonada, que estuvo aforrada en pieles, como la túnica, del mismo tejido. Entre las vestimentas serpeaba el cinturón, bordado de abalorios, con virillas de oro y riquísimo hebillaje de esmaltes, regalo de un príncipe inglés. En las finas manos, enclavijadas al puño de la espada, brillaban a través del polvo los rubíes y la esmeralda de la sortija, y los cincelados acicates aun permanecían sujetos a los pies descarnados. Pero, en este conjunto centro-europeo, las telas árabes de que está revestido el ataúd venían a recordarnos que estábamos en España, encrucijada de dos civilizaciones. En todo el siglo xv no es posible distinguir, en los donantes de los retablos, en las estatuas tumulares o en las miniaturas de los códices, a los caballeros castellanos de los de cualquier lugar de Europa, salvo en alguna lacería o ataurique mudéjares que se escapan en las labores de un vestido o en el bordado de un almohadón.

En el reinado de Felipe II, después de las victorias del duque de Alba, España impone el castellano como lengua de las cancillerías y como idioma literario que todo europeo bien educado se preciaba de conocer; pero impone también su traje cortesano, que viene a ser el de etiqueta en toda Europa. Era, ciertamente, el más elegante, el más cómodo, el más señorial. En tanto, los lansquenets alemanes gironaban sus hopalandas con todos los colores del iris y abullonaban, de mil fantásticas maneras, mangas y gregüescos, y los caballeros franceses de Enrique III se cubrían de encajes, de bordados y de plumas, los hidalgos de España se vestían con la holgura y la simplicidad que correspondía a su condición de trotamundos: jubón, calzas y ferreruelo, todo ello de finísimo paño negro de Segovia, con el hábito rojo o verde por único adorno. Y, rodeando la altiva cabeza como una aureola, sosteniéndola enhiesta, el cuello armado y rizado con sus puntas de randas, que era a la vez tormento y gala. Este fué el traje que había de vestir en todo el Occidente cualquier persona de distinción. Van Dyck retrató con él a los marqueses Brignolle-Salle, y Rembrandt a los ciudadanos de Amsterdam, libres del yugo, pero no de la moda española. Ya era en Madrid anticuado este indumento y aun se imponía en la Corte de Viena, siempre tradicional.

Suele suceder en la historia de las costumbres españolas que, en momentos de depresión, a raíz de grandes reveses militares o políticos, sobrevengan períodos de casticismo, en los cuales se detesta lo extranjero y se busca lo español en la fuente que se supone más pura: el fondo popular del país. Después de 1640, vencida en Rocroy la Infantería española y perdido Portugal, hay como un desenfado en los hábitos y en las costumbres de los cortesanos de Felipe IV, que quieren imitar el desgarro de los más bajos fondos sociales. Los caballeros peinan tufos a estilo de los chulos—ya se emplea esta palabra—, se embozan en inmensas capas y cubren su frente con el gran sombrero terciado. Recordad aquellas maravillosas figurillas—reflejo el más exacto de toda una época—que pintó Velázquez en la vista de Zaragoza de Mazo. Todo el siglo xviii

es una lucha entre la Corte, que quiere imponer el patrón universal de la moda, y el pueblo—el pueblo blasonado o harapiento—que quiere mantener su desgarro castizo. El motín de Esquilache es la lucha armada entre ambas tendencias. Pero, después de la derrota de 1795, la Corte misma, capitaneada por la reina María Luisa, se entrega a la tentación castiza. Y surge aquella sociedad que para siempre quedará retratada—ejemplo de deserción claudicante—en los lienzos de don Francisco de Goya, en los sainetes de don Ramón de la Cruz y en las indignadas estrofas de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Porque estas épocas castizas siempre han encontrado—para su fortuna o para su desgracia—pintores y literatos que la perpetúen. Recordemos, por ejemplo, la última etapa de chulería castiza, después del derrumbamiento de 1898.

